

Leer es mi cuento

La Bella y la Bestia

JEANNE MARIE LEPRINCE DE BEAUMONT

Ministerio de Cultura de Colombia

Mariana Garcés Córdoba

Ministra de Cultura

Ministerio de Educación Nacional

Yaneth Giha

Ministra de Educación

Autor

Jeanne Marie Leprince de Beaumont

Traductora

Anita Gómez de Cárdenas

Editor

Iván Hernández

Coordinadora Editorial

Laura Pérez

Ilustrador

Daniel Gómez

Comité editorial

Consuelo Gaitán, Iván Hernández,

Jorge Orlando Melo, Moisés Melo

Primera edición, 2017

ISBN 978-958-5419-07-0

Material de distribución gratuita.

Los derechos de esta edición, incluyendo las ilustraciones, corresponden al Ministerio de Cultura; el permiso para su reproducción física o digital se otorgará únicamente en los casos en que no haya ánimo de lucro.

Agradecemos solicitar el permiso escribiendo a:

literaturaylibro@mincultura.gov.co

La Bella y la Bestia

Había una vez un comerciante extremadamente rico. Tenía seis hijos, tres hombres y tres mujeres, y como era un hombre inteligente, no ahorró nada en la educación de sus hijos y les consiguió toda suerte de profesores. Sus hijas eran muy bellas, pero la que más admiración despertaba era la menor, y por eso, de pequeña, todos la llamaban la Niña Bella. Así siguieron llamándola siempre, lo que provocaba muchos celos a sus hermanas.

Esta hija menor no solo era más bella que sus hermanas, sino que era también mejor que ellas. Las dos mayores se enorgullecían de ser ricas: se comportaban como grandes damas y no les gustaba recibir las visitas de otras hijas de comerciantes. Iban todos los días a bailar, al teatro, a pasear y se burlaban de la menor que empleaba la mayor parte de su tiempo en leer buenos libros.

Como se sabía que estas jóvenes eran ricas, algunos grandes comerciantes les propusieron matrimonio, pero las dos mayores respondieron que no se casarían jamás, a menos que encontraran un duque, o al menos un conde. La Bella agradeció de todo corazón a todos los que pidieron su mano, pero les dijo que era demasiado joven y que deseaba acompañar a su padre unos años más.

Pero resultó que este comerciante perdió de un día para otro su fortuna y solo le quedo una finca pequeña, muy lejos de la ciudad. Con lágrimas en los ojos les contó a sus hijos que tendrían que irse a vivir a esa finca y que allí, cultivando la tierra, podrían ganar lo suficiente para vivir. Sus dos hijas mayores le respondieron que ellas no querían abandonar la ciudad y que conocían a unos jóvenes que estarían dichosos de casarse con ellas, aun cuando ya no tuvieran fortuna. Estas señoritas se equivocaban: sus amigos no quisieron volver a verlas ahora que ya eran pobres.

Como nadie las quería porque eran orgullosas, la gente decía:

“¡No merecen compasión! Nos alegramos mucho de que las hayan humillado: ¡que vayan a dárselas de señoritas mientras cuidan los cerdos!”

Pero al mismo tiempo todo el mundo decía:

“En cuanto a la Bella, nos duele su desgracia: ¡es una niña tan buena! Le hablaba a los pobres con tanta bondad; ¡era tan dulce, se portaba tan bien!”

Varios gentilhombres pidieron su mano aunque ya no tuviera ni un centavo. Pero ella les dijo que no se decidía a abandonar a su pobre papá en su infortunio, y que se iría con él a vivir en el campo para

consolarlo y ayudarle a trabajar. Cuando llegaron a la finca, el comerciante y sus tres hijos se pusieron a trabajar la tierra. La Bella se levantaba a las cuatro de la mañana y se afanaba para arreglar la casa y preparar la comida para la familia. Al principio le costó mucho hacerlo porque no estaba acostumbrada a las labores de una sirvienta, pero dos meses más tarde ya se sentía más capaz y el trabajo le proporcionaba una salud perfecta. Cuando terminaba sus deberes se ponía a leer, tocaba el clavecín, o cantaba mientras hilaba en la rueca. Sus dos hermanas por el contrario se morían de aburrición; se levantaban a las diez de la mañana, no hacían nada en todo el día y echaban de menos sus vestidos bonitos y sus amigos.

“Miren a nuestra hermanita”, se decían la una a la otra. “Es tan boba que se contenta con su mala situación.”

El buen comerciante no opinaba lo mismo que sus hijas. Para él, la Bella merecía, más que sus hermanas, brillar en sociedad. Admiraba la virtud de esta joven y sobre todo su paciencia, porque sus hermanas, no contentas con dejarle todo el oficio de la casa, la insultaban a cada momento. Hacía un año que vivían en esta soledad, cuando el comerciante recibió una carta anunciándole la llegada sin contratiempos de una nave que traía unas mercancías suyas.

Esta noticia por poco les hace perder la cabeza a las dos hermanas mayores que pensaron que al fin podrían dejar su vida en esta finca donde tanto se aburrían. Cuando vieron que su padre se aprestaba para salir de viaje, le pidieron que les trajera vestidos, chales, adornos para el cabello y toda clase de baratijas. La Bella no le pidió nada porque pensó que todo el dinero de las mercancías no alcanzaría para comprar las cosas que deseaban sus hermanas.

“¿No me pides que te compre algo?” le preguntó su padre.

“Ya que tienes la bondad de pensar en mí” le contestó, “te pido que me traigas una rosa, porque aquí no las hay”.

No era que a la Bella le hiciera falta tener una rosa sino que no quería condenar, con su ejemplo, la conducta de sus hermanas quienes habrían dicho que era por hacerse notar que Bella no pedía nada.

El buen hombre partió. Pero cuando llegó se encontró con que le habían metido en problemas con sus mercancías. Y después de muchas dificultades volvió tan pobre como antes. Le faltaban únicamente treinta millas por recorrer antes de llegar a su hogar y ya se regocijaba por el placer que tendría al ver a sus hijos. Pero como debía atravesar un gran bosque antes de volver a ver su casa, se perdió. Caía una nevada horrible. El viento soplaba tan fuerte que tumbó dos veces a su caballo.

Como había llegado la noche, pensó que moriría de hambre o de frío, o que se lo comerían los lobos que oía aullar en los alrededores.

Súbitamente, mirando hacia una larga hilera de árboles, vio una luz muy brillante lejos de allí. Se fue caminando hacia ese lado y vio que la luz provenía de una gran mansión que estaba toda iluminada. El comerciante dio gracias a Dios por enviarle esta ayuda y se apresuró para llegar a esta casa, pero se sorprendió mucho al no ver a nadie en ella. Su caballo, que lo seguía, vio un gran establo que estaba abierto y entró en él; como encontró heno y avena, el pobre animal, que tenía mucha hambre, se puso a comer ávidamente. El comerciante lo aseguró allí y caminó hasta la casa donde, a pesar de que no encontró a nadie, vio una gran sala en la que estaba encendido el fuego y había una mesa llena de viandas con el puesto para un solo comensal. Como la lluvia y la nieve le habían calado hasta los huesos, se acercó al fuego para secarse mientras decía para sus adentros:

“El señor de la casa o sus empleados domésticos perdonarán la libertad que me he tomado; seguramente regresarán pronto.”

Esperó durante un buen rato, pero como sonaron las once de la noche sin que apareciera nadie, no aguantó más y agarró un pollo que se comió temblando, en dos bocados. También se tomó unos tragos de vino y, sintiéndose ahora más valiente, salió de la sala y atravesó varios

apartamentos grandes y amoblados con lujo. Al final de su recorrido entró en un cuarto donde había una cama confortable y, como era más de media noche y estaba cansado, resolvió cerrar la puerta y acostarse. Eran las diez de la mañana cuando se despertó y se sorprendió mucho al encontrar una ropa limpia en el lugar donde había dejado la suya, que estaba muy sucia.

“Seguramente” pensó, “este palacio le pertenece a un hada buena que se compadeció de mi situación.”

Llegó a la sala donde había comido la víspera y vio una mesita donde encontró una taza de chocolate.

“Muchísimas gracias, señora hada” dijo en voz alta, “por tener la bondad de pensar en mi desayuno.”

El buen hombre, después de tomarse el chocolate, salió por su caballo y, cuando pasó junto a un rosal, recordó que la Bella le había pedido una rosa, así que cortó una rama que tenía varias rosas.

En ese momento escuchó un gran ruido y vio que venía hacia él una Bestia tan horrible que casi se desmaya.

“Usted es un desagradecido” le dijo la Bestia con una voz terrible. “Yo le salvé la vida recibéndolo en mi palacio, y en vez de agradecerme, me roba las rosas que son lo que más amo en el mundo. Va a tener que

morir para reparar esa falta. Le doy un cuarto de hora y no más para que le pida perdón a Dios.”

El comerciante cayó de rodillas y le dijo a la Bestia juntando las manos:

“Señor mío, perdóneme, no pensé que usted fuera a ofenderse porque yo cortara una rosa que me había pedido una de mis hijas.”

“No me llamo Señor”, respondió el monstruo, “sino la Bestia. A mí no me gustan los cumplidos, sino que cada cual diga lo que piensa, de manera que no intente conmovirme con sus halagos. Pero usted no me había dicho que tenía hijas. Con gusto le perdonaré, con la condición de que una de sus hijas venga, por su propia voluntad, para morir en su lugar. No me discuta, iváyase! Y si sus hijas se niegan a morir por usted, júreme que volverá dentro de tres meses.”

El buen hombre no tenía la intención de sacrificar una de sus hijas entregándosela a este horrible monstruo, pero pensó:

“Al menos tendré el placer de abrazarlas una vez más.” Por consiguiente juró que volvería, y la Bestia le dijo que podía irse cuando quisiera.

“Pero”, añadió, “no quiero que se vaya con las manos vacías. Vuelva a la habitación donde durmió, allí verá un gran cofre vacío, puede meter dentro todo lo que quiera. Yo haré que lo lleven a su casa.”

Enseguida la Bestia se retiró y el buen hombre se dijo: "Ya que debo morir, al menos tendré el consuelo de dejarle un sustento a mis pobres hijos."

Volvió al cuarto donde había dormido y encontrando una gran cantidad de monedas de oro, llenó el cofre del que le había hablado la Bestia, lo cerró y, después de sacar el caballo del establo, salió de este palacio con una tristeza igual a la alegría que había sentido al entrar. Su caballo tomó una de las rutas del bosque y, en pocas horas, el buen hombre llegó a su casa. Sus hijos lo rodearon, pero en lugar de alegrarse con las caricias que le hacían, el comerciante se puso a llorar en cuanto los vio. Tenía en la mano la rama cubierta de rosas que le traía a la Bella; se la dio y le dijo:

"¡Toma, Bella, estas rosas! Le han costado muy caro a tu pobre padre."

E inmediatamente se puso a contarle a su familia la funesta aventura que le había sucedido. Al oír este recuento, las dos mayores se pusieron a gritar y a injuriar a la Bella, que no lloraba.

"Vean lo que causó el orgullo de esta pequeña criatura" dijeron ellas.

"Ojalá hubiera pedido vestidos como lo hicimos nosotras: pero no, ¡la señorita quería distinguirse! Va a ser la causante de la muerte de nuestro padre, y sin embargo no llora."

“Sería bien inútil” replicó la Bella. “¿Por qué iba yo a llorar la muerte de mi padre? Él no va a morir. Ya que el monstruo acepta a una de sus hijas, yo quiero entregarme a su furia y creo que soy muy afortunada porque al perecer tendré la dicha de salvar a mi padre y probarle que lo amo con ternura.”

“No, hermanita” le dijeron sus hermanos, “tú no vas a morir: nosotros vamos a ir a buscar al monstruo y si no logramos matarlo, pereceremos bajo su furia.”

“¡Ni lo penséis, hijos míos! El poder de la Bestia es tan grande que no tendrían ninguna esperanza de matarla. Me conmueve el buen corazón de la Bella, pero no quiero exponerla a la muerte. Yo ya estoy viejo, me queda muy poco tiempo, de manera que no voy a perder sino unos pocos años de vida, y morir me duele sólo por ustedes, queridos míos.”

“Te aseguro, padre mío” dijo la Bella, “que no irás a ese palacio sin mí: no puedes impedir que te siga. Aunque soy joven, no soy muy apegada a la vida y prefiero que el monstruo me devore antes que morir de tristeza por perderte a ti.”

No fue posible que cambiara de parecer; la Bella quería de todos modos irse para el palacio, y sus hermanas estaban encantadas pues las virtudes de esta hija menor les habían inspirado muchos celos.

El comerciante estaba tan preocupado por el dolor de perder a su hija que no pensaba en el cofre lleno de oro, pero en cuanto se encerró en su cuarto para acostarse se sorprendió al ver que el cofre se encontraba al pie de la cama. Resolvió no contarles a sus hijos que se había enriquecido pues sus hijas habrían querido volver a la ciudad y él estaba decidido a morir en esta finca; pero le confió el secreto a la Bella, quien le contó que durante su ausencia habían venido dos gentilhombres que estaban enamorados de sus hermanas. Y le pidió a su padre que las casara, pues la Bella era tan buena que las quería mucho y les perdonaba de todo corazón el mal que le habían hecho.

Estas malas muchachas se frotaron los ojos con una cebolla para llorar cuando la Bella se fue con su padre, pero sus hermanos lloraron de veras. Solo la Bella se abstuvo de llorar porque no quería aumentar el dolor de los otros. El caballo tomó la ruta del palacio y al atardecer lo divisaron, tan iluminado como la primera vez. El caballo se fue solo para el establo y el buen hombre entró con su hija en la gran sala donde encontraron una mesa puesta con magnificencia para dos personas. El comerciante no quiso comer, pero la Bella, tratando de aparentar tranquilidad, se sentó a la mesa y le sirvió.

Luego se dijo para sus adentros:

“La Bestia me quiere engordar antes de comerme puesto que me ofrece cosas tan ricas.”

Cuando terminaron de comer escucharon un gran ruido. El comerciante le dijo adiós a su pobre niña llorando pues sabía que se trataba de la Bestia. Aunque la Bella no pudo evitar un escalofrío al ver esa horrible figura, se tranquilizó como pudo, y cuando el monstruo le preguntó si había venido por su propia voluntad, respondió temblando que sí.

“Eres muy bondadosa”, le dijo la Bestia, “y te lo agradezco mucho. Buen hombre, váyase mañana por la mañana y no se le ocurra volver nunca por aquí. Adiós, Bella.”

“Adiós, Bestia”, respondió ella, y el monstruo se retiró enseguida.

“¡Ay! Hija mía”, dijo el comerciante abrazando a la Bella, “Estoy medio muerto del miedo. Créeme, déjame aquí.”

“No, padre mío”, le dijo la Bella con firmeza. “Partirás mañana por la mañana y me dejarás al cuidado del Cielo que quizá se apiade de mí.”

Fueron a acostarse y creyeron que no dormirían en toda la noche, pero en cuanto se metieron en sus camas sus ojos se cerraron. En sueños, la Bella vio una señora que le decía:

“Estoy contenta por tu buen corazón, Bella. La buena acción que estás haciendo al dar tu vida para salvar la de tu padre no quedará sin recompensa.”

La Bella, al despertar, le contó a su padre el sueño, y aunque esto lo consoló un poco, no impidió que lanzara gritos de dolor al separarse de su querida hija. Cuando su padre se fue, la Bella se sentó en la gran sala y también se puso a llorar. Pero como era muy valiente, se encomendó a Dios y resolvió no atormentarse durante el poco tiempo de vida que le quedaba, pues creía firmemente que la Bestia se la comería esa misma noche. Decidió mientras tanto pasearse y recorrer esta hermosa mansión.

No pudo menos de admirar su belleza. Pero se sorprendió mucho al encontrar una puerta en la cual estaba escrito: Apartamento de la Bella. Abrió esta puerta precipitadamente y quedó deslumbrada por el lujo que allí reinaba. Pero lo que más llamó su atención fue una gran biblioteca, un clavecín y varios libros de música.

“No quiere que me aburra” dijo en voz baja, y después pensó:

“Si no fuese a vivir sino un solo día aquí, no me habría atendido de este modo.”

Este pensamiento le dio valor. Abrió la biblioteca y vio un libro en el que decía en letras de oro: Desead, ordenad; aquí sois la reina y la dueña.

“¡Ay!” dijo ella suspirando, “solo deseo ver a mi pobre padre y saber qué está haciendo ahora.”

Había dicho esto para sus adentros. ¡Grande fue su sorpresa al mirar un gran espejo: vio su casa adonde ahora llegaba su padre con una cara extremadamente triste! Sus hermanas venían a recibirlo y, a pesar de las carantoñas que hacían aparentando estar afligidas, la dicha que les causaba la pérdida de su hermana se reflejaba en sus caras. Un momento después todo esto desapareció, y la Bella no pudo evitar el pensamiento de que la Bestia era muy complaciente y que ella no tenía por ahora nada que temer. Al mediodía encontró la mesa puesta y durante el almuerzo escuchó un concierto excelente, aunque no vio a nadie. A la hora de la comida, cuando se iba a sentar a la mesa, escuchó el ruido que hacía la Bestia y no pudo evitar el miedo.

“Bella”, dijo el monstruo, “¿aceptarías que te vea comer?”

“Tú eres el dueño de casa”, respondió la Bella temblando.

“No”, replicó la Bestia, “aquí no hay más dueña que tú. Solo tienes que decirme que me vaya si te molesto; saldré de inmediato. Dime la verdad, ¿te parezco muy feo?”

“Sí, es verdad”, dijo la Bella, “pues no sé mentir; pero creo que eres muy bueno.”

“Tienes razón”, dijo el monstruo. “Pero además de ser feo no soy muy inteligente: sé bien que solo soy una Bestia.”

“Una persona no es boba”, replicó la Bella, “por creer que no es inteligente. Un estúpido nunca ha sabido eso.”

“Sigue entonces con tu comida, Bella”, dijo el monstruo, “y trata de no aburrirte en esta que es tu casa, porque aquí todo es tuyo, y me daría mucha pena que no estuvieses contenta.”

“Eres muy bondadoso”, dijo la Bella. “Te aseguro que ya no me pareces tan feo.”

“¡Ay! Sí, por desgracia”, respondió la Bestia. “Tengo buen corazón, pero soy un monstruo.”

“Hay muchos hombres que son mucho más feos que tú” respondió la Bella, “y te prefiero a ti con tu aspecto a aquellos que tienen aspecto de hombre pero esconden un corazón ingrato, falso, corrompido.”

“Si yo fuera inteligente” respondió la Bestia, “te haría un bonito cumplido para agradecer tus palabras, pero soy un tonto y lo único que puedo decirte es que te estoy muy agradecido.”

La Bella comió con buen apetito. Ya no le temía tanto al monstruo, pero casi se muere del susto cuando él le dijo:

“Bella, ¿querrías tú casarte conmigo?”

Ella se tomó unos momentos antes de responder: le daba miedo excitar la ira del monstruo rechazando su propuesta. Al fin le dijo temblando:

“No, Bestia.”

En el primer momento la Bestia quiso suspirar y emitió un silbido tan espantoso que todo el palacio retumbó, pero la Bella pronto se tranquilizó porque la Bestia, después de decirle con tristeza “Entonces adiós, Bella”, salió de la habitación volviéndose varias veces para mirarla de nuevo. La Bella, al verse sola, sintió una gran compasión por esta pobre Bestia.

“¡Qué tristeza!” dijo, “¡es una lástima que sea tan feo siendo tan bueno!”

La Bella pasó tres meses bastante tranquilos en este palacio. Todas las noches la Bestia la visitaba y hablaba con ella durante la comida con muy buen tino, pero nunca con aquello que el mundo llama “una inteligencia brillante”. Cada día la Bella descubría nuevas cualidades en esta Bestia, y el hecho de verla con frecuencia la había acostumbrado a su fealdad, de modo que, lejos de temer el momento de su visita, miraba a cada rato su reloj de pulsera para saber si ya eran casi las

nueve, pues la Bestia nunca faltaba a esa hora. Sólo una cosa apenaba a la Bella y es que el monstruo, antes de acostarse, le preguntaba siempre si querría ser su mujer y parecía muy afligido cuando ella le decía que no. Un día ella le dijo:

“¡Bestia, me da mucha pena lo que me dices! Yo quisiera casarme contigo pero soy demasiado sincera para hacerte creer que algún día lo haré. Seré tu amiga por siempre; intenta contentarte con esto.”

“Tendré que hacerlo” replicó la Bestia. “¡Debo ser justo! Sé que soy horrible, aunque te amo mucho. Además, me hace muy feliz el que quieras seguir viviendo aquí. ¡Prométeme que no te irás jamás!”

La Bella se turbó por un momento. Había visto en su espejo que su padre estaba enfermo de tristeza por haberla perdido y deseaba volver a verlo.

“Podría prometerte que no me iré nunca para siempre, pero tengo tantos deseos de volver a ver a mi padre que me moriré de dolor si tú me niegas este placer.”

“Prefiero morir yo mismo” dijo el monstruo, “antes que causarte una pena. Te enviaré donde tu padre, tú te quedarás allá y tu pobre Bestia morirá de dolor.”

“No”, le dijo llorando la Bella, “te estimo mucho, Bestia, y no quiero causarte la muerte. Te prometo que volveré dentro de ocho días. Gracias a ti pude ver que mis hermanas se casaron y que mis hermanos se enrolaron en el ejército. Mi padre se ha quedado completamente solo: permíteme estar con él una semana.”

“Allí estarás mañana por la mañana”, dijo la Bestia. “Pero recuerda tu promesa: sólo tienes que poner tu anillo sobre una mesa al acostarte cuando quieras volver. Adiós, Bella.”

La Bestia suspiró según su costumbre al decir estas palabras, y la Bella se acostó muy triste por haberle causado una pena.

Cuando despertó al día siguiente, se encontraba en casa de su padre, y cuando tocó una campanilla que estaba al pie de la cama, vino la sirvienta que al verla lanzó un gran grito. Su padre llegó al oír el grito y casi se muere de dicha al ver de nuevo a su hija querida, y estuvieron los dos abrazados un cuarto de hora. Después de las primeras emociones, la Bella pensó que no tenía vestidos para ponerse, pero la sirvienta le dijo que acababa de ver en la habitación contigua un gran cofre lleno de vestidos de oro, adornados con diamantes. La Bella le dio las gracias a su buena Bestia por estas atenciones. Tomó el vestido menos lujoso y le dijo a la sirvienta que guardara los otros, pues quería regalárselos a sus hermanas.

Pero apenas dijo estas palabras el cofre desapareció. Su padre le dijo que la Bestia quería que conservara todo para ella sola, y enseguida los vestidos y el cofre regresaron al mismo sitio.

La Bella se vistió. Mientras tanto se mandó avisar a sus hermanas que acudieron con sus maridos. Ambas eran muy desgraciadas. La mayor se había casado con un joven gentilhomme bello como el Amor, pero tan enamorado de su propia belleza que no se ocupaba sino de eso desde la mañana hasta la noche. La segunda se había casado con un hombre que tenía una inteligencia brillante, pero sólo la utilizaba para hacer rabiar a todo el mundo, principiando por su mujer. Las hermanas de la Bella casi se mueren de tristeza cuando la vieron vestida como una princesa y más bella que el alba.

Nada pudo ahogar sus celos, que aumentaron cuando la Bella les contó cómo era de feliz.

Estas dos celosas bajaron al jardín para llorar a sus anchas y comentar:

“¿Cómo puede esta niñita ser más feliz que nosotras? ¿Acaso no somos más dignas de amor que ella?”

“Hermana mía, se me ocurre una idea. Intentemos retenerla aquí más de ocho días: esa Bestia estúpida se pondrá tan furiosa cuando vea que le faltó a su palabra, que a lo mejor la devorará.”

“Tienes razón, hermanita”, dijo la otra. “Vamos a hacer lo posible por retenerla.”

Cuando pasaron los ocho días, las dos hermanas se halaron los cabellos fingiendo estar tan tristes con la partida de la Bella que ella prometió quedarse ocho días más. Sin embargo, la Bella se reprochaba el dolor que iba a causarle a su pobre Bestia, que la amaba con toda su alma, y le hacía falta verla.

La décima noche que pasó en casa de su padre soñó que estaba en el jardín del palacio y que veía a la Bestia tendida sobre el prado, y que ya moribunda le reprochaba su ingratitud. La Bella se despertó de repente llorando.

“¿No es cierto que soy muy malvada al causarle dolor a una bestia que me ha dado tanto gusto? ¿Tiene acaso ella la culpa de ser tan fea y no poseer una inteligencia brillante? Es buena, y eso vale más que todo lo demás. ¿Por qué me negué a casarme con ella? Sería más feliz con ella de lo que son mis hermanas con sus maridos. No son la belleza ni la inteligencia de un marido las que mantienen contenta a una mujer, sino su bondad y su virtud, y la Bestia tiene estas cualidades. No la amo pero sí la estimo, soy su amiga y le estoy muy agradecida. ¡Vaya, no puedo ser causante de su desgracia! Toda mi vida me reprocharía a mí misma por ser ingrata”.

Y diciendo esto la Bella se levantó de la cama, puso su anillo sobre la mesa y volvió a acostarse. En cuanto estuvo metida en la cama se durmió. A la mañana siguiente, cuando se despertó, vio con alegría que se hallaba en el palacio de la Bestia. Se vistió con primor para agradarle y se aburrió de muerte todo el día, esperando que fueran las nueve de la noche, pero, aunque el reloj dio la hora, la Bestia no apareció.

Entonces la Bella temió haberle causado la muerte. Recorrió todo el palacio desesperada. Después de buscar por todas partes, se acordó de su sueño y salió corriendo por el jardín hacia el canal donde había visto a la Bestia moribunda.

Encontró a la pobre Bestia tendida en el suelo inconsciente y creyó que estaba muerta. Se arrojó sobre el cuerpo sin que su fealdad le causara horror y al sentir que el corazón aún palpitaba cogió agua del canal y se la echó en la cabeza.

La Bestia abrió los ojos y le dijo a la Bella:

“¡Olvidaste tu promesa! El dolor de perderte me llevó a dejarme morir de hambre, pero moriré contento porque tuve la dicha de verte una vez más.”

“¡No, mi Bestia querida, no morirás! Vivirás para ser mi esposo.

Desde este momento te entrego mi mano y te juro que seré sólo tuya.
¡Ay! Es verdad que sólo siento amistad por ti, pero el dolor que estoy sintiendo me hace comprender que no podría vivir sin verte.”

Apenas pronunció estas palabras la Bella vio que la mansión brillaba con todas sus luces. Los fuegos de artificio, la música, todo presagiaba una fiesta. Pero sus ojos no se detuvieron en estas bellezas. Se volvió hacia su querida Bestia cuyo estado le causaba terror. ¿Cuál no sería su sorpresa?! La Bestia había desaparecido, y a sus pies sólo vio a un príncipe más hermoso que el Amor, que le expresaba su agradecimiento por haber roto el hechizo que lo cubría.

“Estoy rendido a tus pies”, le dijo el príncipe. “Una bruja malvada me había condenado a vivir bajo esta apariencia hasta cuando una muchacha hermosa consintiera en casarse conmigo, y me había prohibido demostrar mi inteligencia. Así pues, no había nadie en el mundo sino tú para dejarse conmover por mi buen carácter: al ofrecerte mi corona, no podría ni siquiera pagarte la deuda que tengo contigo.”

Felizmente sorprendida, la Bella le dio la mano a este hermoso príncipe para ayudarlo a levantarse. Fueron juntos a la mansión y la Bella casi se muere de dicha al encontrar en la gran sala a su padre y a toda su familia, a quienes había transportado hasta allí la hermosa dama que se le había aparecido en sueños.

“Bella”, le dijo esta dama, que era un hada importantísima, “ven a recibir la recompensa por haber escogido así: preferiste la virtud a la belleza y a la inteligencia. Mereciste encontrar todas estas cualidades en una sola persona. En cuanto a ustedes, señoritas, conozco su corazón y toda la malicia que encierra. Se convertirán en dos estatuas, pero conservarán toda su conciencia bajo la piedra que las cubrirá. Se quedarán en la puerta del palacio de su hermana, y no les impongo sino la pena de ser testigos de su felicidad. No podrán regresar a su primer estado sino en el momento en que reconozcan sus faltas. Pero me temo que seguirán siendo siempre estatuas. Una persona se corrige del orgullo, de la ira, de la gula y de la pereza, pero la conversión de un corazón malvado y envidioso es una especie de milagro”

En ese momento el hada dio un golpecito con su varita mágica que transportó a todos los que estaban en esta sala al reino del príncipe. Sus súbditos lo recibieron con júbilo, y se casó con la Bella, que vivió con él muchos años en medio de una felicidad perfecta, porque estaba basada en la virtud.

Este cuento, escrito por una mujer en 1756, ha sido leído por millones de niños de todas las épocas y países. Cuentos muy parecidos se han escrito y han sido llevados al cine por grandes escritores y directores; casi que no hay un lugar en la tierra en el que no se cuente una historia como La Bella y la Bestia. De la época en la que el libro fue escrito a la de hoy, las cosas han cambiado: ahora por ejemplo es muy posible que muchos lectores piensen que las "bestias" son muy superiores a los seres humanos...; en fin, este volumen, el 22 de La serie Leer es mi cuento, es otra invitación a divertirse, a aprender, a tolerar y aceptar.

Yaneth Giha

MINISTRA DE EDUCACIÓN

Mariana Garcés Córdoba

MINISTRA DE CULTURA

Este libro está estructurado con parámetros de accesibilidad para garantizar el acceso autónomo e independiente, a las personas ciegas y con baja visión usuarias de lectores de pantalla, a la información, a la educación y al conocimiento. Estructuración realizada con la financiación de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, AECID, y la cofinanciación de la Fundación ONCE – América Latina, FOAL. Se prohíbe su comercialización.

Bogotá, Colombia.

Enero de 2022